

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
"ALFONSO HERRERA"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXI.

XXXI.

EL VIAJE Á DIEPPE.

En un hermoso día de Agosto, Octavio de Parisis y la señorita Violeta de Parma llegaron á las dos de la tarde á la Fonda Real de Dieppe, lo que ocasionó un gran escándalo, no solo en la ciudad de Duquesne, sino en toda la Normandía.

Sin embargo, qué de mas sencillo y mas legítimo? El señor de Parisis no tenia consejo de familia y la señorita Violeta estaba emancipada.

Pero lo que escandalizaba á las madres de familia y á las niñas solteras, consistía en que el señor de Parisis pertenecía al gran mundo, estaba emparentado con las familias distinguidas y era deseado para marido por el barrio de San German y por el barrio de San Honorato.

En la fonda real habia algunas mujeres de la corte: las mismas que en todos los inviernos son adornadas con brillantes epítetos por los cronistas á la moda.

En Dieppe todo el mundo se fastidia, por mas que se divierta. En aquel dia la gente de la fonda real es-

taba muy fastidiada: se esperaba la hora del paseo, se hacia la siesta sobre los periódicos del dia y se hablaba mal del prójimo y de sí mismo, cuando el señor de Parisis que guiaba su carruaje con unos lentes sobre la nariz, un cigarro en los labios y una señorita á su lado, entró en el pátio al rumor de sus dos caballos negros.

Todo el mundo se asomó á las ventanas.

—El señor de Parisis!

Este nombre corrió de labio en labio con una sonrisa de curiosidad y de sorpresa.

—Y bien, dijo la señora de Valbon, mirando á Violeta de Parma desde lo alto de su balcon y sobre todo desde lo alto de su grandeza: hé aquí lo que se llama obrar con audacia.

—Parece, dijo la señora de Montchartrin, que el señor de Parisis no se enreda mucho en el Bosque de las preocupaciones.

Desde que habia nacido el señor de Parisis lo habia todo desafiado. Así no se inquietó mucho de los rostros que, llenos de sorpresa, miraban en torno suyo. Esto sin embargo, comprendió que se ofrecia un poco en espectáculo; era la primera vez que llegaba á Dieppe y creia que el gran mundo se hallaba en Trouville. No pensaba que encontraria allí antiguos conocidos. Pero fué valiente en su papel y era un gran cómico de la vida.

Comenzó por pedir dos salones y cuatro dormitorios para Violeta.

—La señora condesa espera á alguien? dijo un muchacho de servicio que habia visto una corona en el carruaje y en los arneses.

—Sí, la señora espera á su madre, á su tío el archidiácono y á su tía la canonesa.

Dijo esto bastante alto para que lo oyese todo el mundo.

—En cuanto á mí, prosiguió Octavio, solo necesito un dormitorio y un gabinete de tocador. Se me olvidaba: una cuadra para ocho caballos.

Por mas que no hubiera sino escépticos en torno suyo, habló con tal naturalidad, que nadie se atrevió á decir que se burlaba. Verdad es que se le tenia por un hombre tan original y tan fantástico que en él las cosas imposibles no estrañaban.

Habia bajado del carruaje y la señorita Violeta bajó en sus brazos. El joven la confió á una doncella de servicio y se dirigió, risueño, á estrechar la mano á algunos de sus amigos del *turf* y del club.

—Quien es esa prógima? le preguntó uno de estos.

—No la conozco, dijo con frialdad Octavio: venia á Dieppe y hemos viajado juntos; me ofreció un cigarrillo y nos hemos hecho los mejores amigos del mundo; pero no he visto ni su tren, ni su gente de servicio. Creo que está en su primera campaña; no digo nada mas porque no he entablado aun guerra con ella.

El señor de Parisis se aseguró de que sus caballos

estarian bien alojados y que tendrian un buen pioso. Luego subió, sin hacerse de rogar, al tercer piso.

Media hora despues se echaba al mar.

Pasada una hora escuchaba en la playa y en compañía de algunos fumadores, la orquesta del casino, una verdadera orquesta normanda.

A las seis comia con aquellas damas de la corte que no cesaban de interrogarle acerca su compañera de viage.

A las ocho estaba cerca del mar con Violeta, que no comprendia porque sus olas hacian tanto camino sin adelantar nunca.

A las diez jugaba sencillamente con las damas de la corte; á las once improvisaba un lausquet.

A las doce....

Aquí el novelista vuelve la página.

Al siguiente dia, Octavio fué á ver á sus amigos que presenciaban el espectáculo ofrecido por las bañistas. Todos empuñaban gemelos de larga vista, y contemplaban las hermosas evoluciones de aquellas damas, bien como se mira á las bailarinas de la Opera.

Todos quedaban maravillados, admirando una cuadrilla de intrépidas nayades que sabian nadar y que jugaban al volante; hermoso juego en que el viento, la onda y lo imprevisto hacen bailar á las aficionadas.

Oyense los gritos y las carcajadas. Hermosísimo cuadro para Isabey ó para Ziem. La mar estaba azul

y como esmaltada de perlas; algunos buques poblaban el horizonte; el sol perdido entre las nubes transparentes esparcía los mas vivos rayos sobre las ondas; las desatadas cabelleras, negras como el ala del cuervo y rubias como el oro, flotaban aquí y allí sobre las ondas; el mar hacia subir y acercar á las bailarinas y sus admiradores se arrancaban uno á otro los gemelos. Cada vez que la blanda y amorosa onda se retiraba, se sorprendia á través de la húmeda gasa la fina ú orgullosa escultura del pié, de la mano, de la garganta y del hombro de una de aquellas damas.

Afirmose con gran autoridad, que aquel era el gran libro heráldico que jugaba al volante. Citábase una duquesa, una marquesa, una lady y una doncella de ilustre nombre.

Octavio de Parisis se hubiese quedado sorprendido si alguien le hubiese dicho que todo su juego de cartas estaba allí. Solo faltaba en él la dama de Espadas.

Sí, la dama de Palos, la dama de Oros y la dama de Copas, estaban allí, enviándose mutuamente el volante.

Por la tarde, cuando la playa estaba aun desierta, algunos curiosos reunidos á otros vagos hubieron de murmurar viendo que llegaba en traje blanco y en la mas adorable negligencia la señorita Violeta de Parma con una cestita en la mano.

Se sentó cerca de la orquesta y bajo una tienda solitaria.

—No veis con que mal aire está andando? exclamó una señora.

—Por el contrario, replicó una doncella: veo que anda muy bien.

—Llamais andar bien á esto? si se mueve como una tortuga!

—Esto es cabalmente lo que le dá esa negligente gracia que le sienta á maravilla.

Habia allí un retórico que se atrevió á comparar ante su madre á la señorita Violeta de Parma con un lirio que balancea el viento y con un cisne que se desliza sobre un lago.

Cuando la compañera de viage de Octavio se hubo sentado sobre una de las abominables sillas que adornan la playa de Dieppe, contempló el mar y abismó en él su pensamiento.

El mar tiene tan grandes elocuencias que habla á todas las almas, hasta á las mas sencillas; abre en el pensamiento no sé que inesperados horizontes. Es un libro escrito en hebreo; mas sus caracteres tienen figuras espresivas que dicen mil cosas estrañas. Hasta hoy unicamente Victor Hugo se há atrevido á ilustrar este hermoso libro. Pero el alma menos iluminada de poesia, no es del todo estraña á las sublimidades de esta lengua de lo infinito.

Creo que la señorita Violeta de Parma no fué la primera en romperse la cabeza en el abismo de estos sueños: miraba con curiosidad las ligeras embarcaciones adornadas con su traje blanco y color de na-

ranja, contemplaba las gaviotas que se perdían en la onda para buscar su presa.

De repente, como si el amor del trabajo fuese en ella un hábito invencible, cogió de su cestito una tapicería comenzada y empezó á trabajar sin que levantara sus ojos como una colegiala perfectamente enseñada; hilaba un ave azul, color del tiempo.

Como por la mañana, Octavio fué á la playa; su nombre zumbaba en todos los oídos; mas el jóven no daba importancia á los cuentos que sobre de él se inventaban. Las burlas de los otros no llegaban jamás «á la altura de su desprecio.»

Saludó con gravedad á Violeta y la habló con cierta reserva; cualquiera que hubiese estudiado su actitud no hubiese reconocido entre él y ella mas que una amistad pasajera, no violada por el aire de familiaridad á la moda que priva en el gran mundo. Hasta las vecinas quedaron edificadas por su plática.

—Y bien, decía el señor de Parisis, como os vá en Dieppe? permanecéis aquí toda la estacion? el aire del mar vá á costiparos. Recibisteis cartas de vuestra familia.

Y la señorita Violeta respondía.

—No me fastidio; pero no me atrevo á meterme en estas ondas furiosas. Me siento contrariada por no haber recibido cartas esta mañana. Ya os digo que el archidiácono padecía de gota. He ido á orar por él en dos iglesias. Ignoro si el aire del mar me vá bien; pero se que he almorzado como cuatro. Si veis á mi

doncella de servicio, decidla que me traiga pescado.

En una palabra aquello era una conversacion irreprochable: me olvidaba deciros que Violeta concluyó su período, con estas adorables frases:

—Ya sabes que me cargas.

A lo que replicó Octavio:

—No es estraño, puesto que me cargo á mi mismo.

Este era el termómetro de toda la gente de la playa.

El señor de Parisis no echó raíces al lado de su querida y fué á sentarse en frente, contra el casino, entre un grupo de doncellas que aun no habia saludado en Dieppe.

No faltó quien le preguntara por aquella hermosa desconocida, por aquella Ofelia de Shakespeare, pintada por un acuarelista de hoy dia—Chaplin ó Vidal—ó mejor dicho, pintada por ella misma.

El jóven continuó en su papel: no la conocia sino por haber viajado con ella. Era una muger escéntrica de la mas alta virtud, que temia tanto mas al diablo cuanto era tanto mas recatada. Viajaba de incógnito como las princesas; tenia un hermano que era zuavo pontificio, un tio archidiácono y una tia abadesa. El jóven deseaba entrar en intimidad con ella; mas no esperaba franquear el dintel de la urbanidad honesta y pueril.

En el grupo que le escuchaba, Octavio hubo de notar una jóven que tenia un pájaro azul en su sombrero.

Reconoció á la hermosa jóven del Bosque de Bolonia y de la Opera en aquella rubia de ojos negros, de una belleza estraña, que no tenia ninguno de los caracteres de convencion y que se distinguia por su noble y natural orgullo. Recordaba esos tipos del Corregio y de Prudhon, que al primer golpe de vista se apoderan del alma y del cuerpo: observábase una nube de voluptuosidad en la pureza ideal de sus ojos y en la virginidad de los lábios veíase el aguijon del amor. Se deseaba amarles con violencia y con dulzura; se deseaba vivir y morir por ellos. Era como el matrimonio mas profundo y mas impenetrable del alma y los sentidos, el apretón de los brazos y la expansion del corazón.

Aquella era la primera vez que Parisis veía ó creia ver á su prima de tan cerca. Claro está que no sospechaba que tenia en frente de sí á la Margarita de las Margaritas, y á la dama de Espadas.

Hilaba tambien la lana como Violeta. Singular coincidencia! mientras Violeta hilaba un pájaro azul, la señorita Genoveva de la Chastaigneraye hilaba un ramo de violetas.

Por mas que la jóven fingiese no escuchar las ocurrencias de Octavio no perdía una frase, y sonreia con el extremo de sus lábios.

Las tres damas que se veian en torno suyo, la marquesa de Fontaneilles la princesa de Campagnac y lady Harrisson, fueron saludadas en aquel instante por dos jóvenes, que, no conociendo á Parisis, no le

hicieron caso. Probablemente eran de ilustre cuna ó amigos muy simpáticos, toda vez que las tres damas se levantaron, bien como si obedeciesen á la misma idea. La señorita de la Chastaigneraye se encontró, pues, sola por un instante con el señor de Parisis.

—Señorita, dijo Octavio con gravedad: podría preguntaros porque habeis sonreido tan maliciosamente.

—Caballero, dijo Genoveva, he sonreido como sonrío siempre cuando voy á una comedia.

—Entonces soy un cómico?

—Sí, caballero. Cuando hablais á comediantas como esas tres damas, ó, mejor dicho, á mugeres que están familiarizadas en las tablas del gran mundo, que aprendieron, cual vos, el arte de hablar para disfrazar sus pensamientos, vos teneis la probabilidad de ser creido bajo vuestra palabra; se hallan tan acostumbradas á mezclar la verdad con la mentira que no saben distinguir lo verdadero de lo falso. Pero yo, que no he entrado aun en la escena de la vida, ni siquiera para representar el papel de dama jóven, yo he traducido lo que vos digisteis en el language de los corazones sencillos.

—Os suplico, señorita, que me deis la traducción. Genoveva miró hácia las tres damas.

—Con mucho gusto, dijo sin hacerse de rogar; comienzo por advertiros que conozco la geografia del mundo sin haber viajado mucho sobre el mapa parisiense. Pues bien, desde el primer golpe de vista re-

conozco el carácter de las nacionalidades. Así yo no confundiré jamás una mujer del gran mundo con una mujer del medio mundo, por mas que se confundan entre ellas por los penachos del lenguaje y de sus adornos; tampoco he de confundir á una mujer del medio mundo con una señorita que no pertenece al mismo, cualquiera que sea su aire y su talento. Hé aquí por qué, caballero, os traduciré lo que digisteis ahora mismo:

—«Es una jóven que no es del todo escéntrica, ya que se parece á sus semejantes; se distingue por su
 »mas alta virtud, porque no tiene virtud, puesto que
 »la virtud no es alta ni baja. Si ella teme mas ó me-
 »nos al diablo es porque siempre está perseguida. No
 »viaja de incógnito porque no tiene nombre. Si viaja
 »como las princesas es porque es una princesa de tea-
 »tro. No tiene ningun hermano zuavo al servicio del
 »papa, ni ningun archidiácono al servicio de Dios, ni
 »ninguna canonessa al servicio de los pobres. Vos no
 »deseais entrar en su intimidad, sino que deseais sa-
 »lir de ella; pero los hombres no saben jamás batirse
 »en retirada en estas batallas perdidas.» Hé aquí cabal-
 lero mi traduccion literal.

—Señorita, si yo fuera un hombre de mal gusto, diria que es una traduccion libre; pero habeis hablado con tanto acierto que seria indigno de contestaros si yo tomase por vos una careta. Decid señorita quien os ha dado esta piedra de toque?

—Mi piedra de toque es mi corazon, caballero. En

la juventud, el alma es una gotita de rocío que Dios ha puesto sobre una amapola ó una violeta: la gota de rocío refleja el cielo, lo vé todo, hasta la estrella mas lejana, hasta la nube mas perdida. Cuando las pasiones llegan, la gota de rocío cae en el torrente que arrastra la arena de las montañas: no vé mas que el caos.

—Teneis razon: hé aquí porque la juventud es perla que no tiene precio.

Y el señor de Parisis añadió:

—Pero decid, señorita, en qué escuela aprendisteis?

—En la de Dios.

Y al decir estas frases, la señorita de la Chastaigneraye fijó sus aterciopelados ojos en Octavio. Era la mirada de la virtud misma. Aquellos hermosos ojos francamente abiertos y dulcemente sombreados por largas pestañas, derramaban una espresion tan divina de candor, que el señor de Parisis se sintió conmovido hasta el fondo de su alma. El que habia mirado á tantas mujeres con amor, con voluptuosidad, con pasion, hubo de estremecerse como si sintiera una emocion que no habia conocido hasta entonces. Siempre habia negado lo que él llamaba la hermosura y el encanto de las colegialas y en aquel momento hubo de reconocer que habia negado la primera mitad de la muger.

Las tres damas volvieron á sentarse.

—Y bien, señor de Parisis, vos habeis depositado vuestra carta en el buzón de nuestra hermosa amiga,

dijo la duquesa; pero os advierto que no es la primera carta que recibe y que su corazón no admite á nadie ni aun en la antecámara.

Llegó otra visita. El señor de Parisis se acercó á Geneveva.

—No me atrevo, le dijo con dulzura y con cierta melancolía, á poner mi carta á vuestras plantas. Soy como el viajero que desea coger una flor salvaje en el lago; pero no la coge para que la gota de rocío no caiga en el abismo.

Geneveva se ruborizó y palideció á un mismo tiempo. Por la primera vez de su vida cogió su abanico y lo pasó por su rostro. En el famoso baile de máscaras solo tenía en frente suyo á un lobo.

Octavio se sentía como emparedado. Miraba con adoración á Geneveva. Parecíale que un rayo descendía al fondo de su alma esparciendo en ella una luz divina.

—A propósito, dijo la señora de Fontaneilles que se quería reservar su golpe de efecto: no os he presentado á la señorita Geneveva de la Chastaigneraye.

—De las Chastaigneraye! exclamó Parisis.

—Se levantó y se inclinó.

—Señorita, dijo, sois mi prima, tengo el honor de presentaros al señor Octavio de Parisis, al cual nunca habiais visto.

Geneveva que hasta aquel día no había mentido, no representó mal su papel.—Os hé visto primo, dijo, pero hace ya tanto tiempo que no lo recuerdo.

—Permitid, prima, que os dé un beso.

—Ah! primo mio! delante del mar? qué dirá el flujo.

—El flujo retrocederá asustado, observó la señora de Campagnac.

Se besaron con franqueza, lo que hubiera asustado á Violeta si por otra parte no hubiese estado mirando á un grande de España que fumaba por ella.

—Era un cigarro de España de primera clase.

—Parisis habló de su tía, de su estancia en Paris y de lo que sentía no haber visto á Geneveva.

—Yo, primo mio, dijo esta, os veía todos los días.

—Donde?

—En todas partes; en el Bosque, en la Côte y en la Opera.

—Ah! si: ya lo recuerdo; mas era necesario decirme que yo tenía la mas hermosa prima del mundo.

—Esto era necesario adivinarlo.

—Esplicadme, prima, porque milagro nos encontramos aquí, nosotros que somos borgoñones, sobre esta playa normanda como unos náufragos.

—Nada se esplica, primo: es imposible hallar el porque ocurren los grandes sucesos que trastornan el mundo. Como quereis, pues, saber porqué nos encontramos aquí? Supongo que no habreis venido para verme.

Y Geneveva echó una rápida ojeada á Violeta.

—Voy á deciros porque estais aquí los dos, interrumpió la señora de Campagnac: os encontrais aquí

porque estaba escrito. El destino ha sido quien ha determinado vuestro encuentro; no soy una tiradora de cartas; pero leo en los astros..... y en los corazones.

Se entabló una conversacion que se perdió de vista sobre la casualidad y el destino. Nadie se convenció de las razones espuestas y todo se desvaneció en las armoniosas notas del vals del Fausto que se enlazó amorosamente con los himnos del mar.

El señor de Parisis continuó allí, no obstante las señas de Violeta; pero esta, habiendo roto su abanico, Octavio juzgó que no tenia mas remedio que dirigirse hácia ella.

Saludó á las damas diciendo:

—Ya hablaremos de esto.

—Y dirigiéndose hácia Violeta murmuró: «que desgracia que Genoveva sea mi prima!»

Parecíale que todo su amor habia caido en el mar. El corazon ama lo desconocido, se quiere lo que viene de léjos.

—Nunca se ha amado á una prima, prosiguió Octavio.

Violeta movió un escándalo. Octavio comió con ella á fin de apaciguarla. Pero estaba distraido. Violeta le preguntó si creia estar aun á la orilla del mar con las mugeres de gran tono.

—Chist! dijo Octavio, ni una palabra mas sobre estas señoras.

Violeta habló en voz mas alta y soltó algunas pi-

carescas frases acerca las grandes señoras que cojen á las pequeñas sus modas y sus amantes.

Octavio se enfadó y salió para fumar un cigarro en la playa. Cuando volvió, pasada media hora, se le dijo que habia partido con el tren de las ocho con el grande de España.

—Tanto mejor! exclamó el jóven.

Esta fué su primera frase. Luego dijo: «Tanto peor.»

Violeta habia partido furiosa y llena de celos. Creia vengarse.

El duque de Parisis fué al concierto de la tarde, esperando allí á su prima Genoveva con la señora de Fontainelles y sus demás amigas.

Genoveva y la marquesa habian partido en el tren de las ocho.

No echó raíces en Dieppe y marchó en el tren de las doce de la noche. No buscó á Violeta. Corrió á casa la marquesa de Fontaneilles, donde supo que la señorita de la Chastaigneraye habia ido á juntarse con su tia en el castillo de Champeauvert, sin detenerse en Paris. La señorita Regina de Parisis habia caido enferma y habia llamado á su sobrina por el telégrafo.

—Iré á ver mi tia, dijo Octavio, pensando en Genoveva.